

## XXII.

Don Celzani fué feliz.

El camino estaba, pues, enteramente libre, y después de aquella visita, la maestra debía estar mejor dispuesta que antes.

Él pensaba hacer primero una pregunta de ensayo con las precauciones debidas, y luego la proposición suprema, si la anterior fuere bien acogida. Ésta podía hacerla en cualquiera parte, y, por consiguiente, buscó la ocasión en las escaleras.

Pero no fué afortunado.

La Zibelli había hecho con su amiga la centésima reconciliación, provocada por una de las causas ya sabidas.

El estudiante Ginoni, viendo rechazados sus asaltos sucesivos á la Pedani, en parte por represalias y en parte también por cierta burda malicia de muchacho, con la cual creía él sacar amor del despecho, se había lanzado á la conquista de la Zibelli; no era

una corte descarada, sino algo así de *amar-telamiento* semiserio, conversaciones amistosas, algún ramito de flores, expresivos apretones de manos cuando la encontraba sola. Y sin embargo, sin dar gran valor á tales demostraciones, la Zibelli, sin sospechar por qué, le agradaba como una caricia á su amor propio, como una distracción, como pasto agradable á su fantasía.

Por esto, volviéndose á buenas con la Pedani, siempre que estaba segura de no encontrar al joven, se acompañaba de ella, saliendo y entrando como antes.

Don Celzani falló, pues, en varias tentativas.

Una vez, en el momento en que esperaba cogerla sola, salió de casa el caballero Borsetti y la detuvo para quejarsele de la acostumbrada dificultad en la respiración y de lo mucho que le fatigaba el movimiento de rotación de los brazos que ella le había sugerido.

Después de pensar un momento, la maestra le aconsejó la lectura en alta voz, explicándole que la respiración se aceleraba con este ejercicio en 1,26: que cuidara de leer con una corbata ancha, y que indudablemente sentiría mejoría.

El secretario esperó á que concluyera; pero el terrible viejo le pidió explicaciones sobre los movimientos de flexión de la gimnasia Schreber, y entonces tuvo que renunciar á su propósito.

Otra vez casi llegó á alcanzarla, sola, al pie de la escalera, al entrar en casa, cuando aparece por detrás el ingeniero Ginoni, que volvía á casa.

Después que don Celzani había recaído en su pasión, aquél había tomado sobre sí su parte de protector, entre venenoso y bromista. Pero esta vez le dió un disgusto.

—Señorita Pedani — dijo con la mayor seriedad poniendo una mano sobre el hombro del secretario — le presento á usted á uno de los más asiduos y mejores gimnastas de la Palestra de Turín.

Don Celzani tembló, negó, rojo de ira, encendido de despecho; hubiera querido ocultarlo, y auguró una gran desgracia en su interior al impertinente.

La maestra, sin embargo, recibió la noticia con jovialidad y sorpresa, mirándolo como si quisiera investigar los cambios que la gimnasia debía haber producido en su figura.

En aquel mismo momento estaba en la actitud de cura tantas veces notada; mas sin

embargo creyó ver en sus ojos extraña viveza. Dudó, á pesar de todo, y creyó que sería una broma.

—Vea como no puede negarlo dos veces — dijo el ingeniero. — Créame, señora maestra, que el hecho de haber enviado á *don Celzani* al gimnasio, será una de sus mayores proezas.

Aquel *don* hirióle nuevamente en lo vivo. Pero notó en el semblante de la muchacha una sonrisa tan sincera de complacencia, sin sombra siquiera de burla, que se consoló. Si; había llegado el momento, y haría muy bien en no retrasarlo ni siquiera un día.

En efecto; aquella misma tarde, antes de anoecer, á hora en que sabía bien que la Zibelli no estaba en casa, tomando el pretexto de ir á ver si había cierto desperfecto en el tubo del agua potable, subió á casa de la Pedani.

Esperaba ser recibido en su cuarto, y ella lo retuvo en el saloncillo, de pie. Tenía puesta la blusa de gimnasia de tela rayada de azul, que le dibujaba admirablemente los hombros, y una falda blanca, con una mancha de tinta sobre una rodilla.

Por primera vez, y con sorpresa de don Celzani, notó éste en ella algún embarazo.

Pero este no derivaba tanto de su visita, cuyo objeto adivinaba, como de la certidumbre absoluta que ella tenía, como si la estuviera viendo, de que la muchacha, colocada detrás de la puerta, no perdería ni una sola de sus palabras. De aquí que se viera obligada á ser breve y casi dura en la conversación, tratando de templar aquella dureza con la expresión del rostro.

—Señorita,—dijo bajo don Celzani, temblando, después de haber hablado del tubo en voz alta;—vengo... por última vez á preguntarle... si sigue siendo de la misma idea.

Ella le miró con benevolencia, echó una ojeada á la puerta, y repitió con ligera entonación de sentimiento sus mismas palabras:

—Siempre de la misma idea...

Don Celzani palideció. Y aún más bajo preguntó:

—Irrevocablemente.

La maestra volvió á mirar á la puerta, é inclinando un poco el rostro con ademán piadoso, respondió:

—Sí.

El secretario se pasó una mano por la frente, y abrió desmesuradamente los ojos.

Aquella respuesta le había paralizado; no

encontraba palabras. El silencio se prolongaba. No se podía seguir así.

La maestra, que tampoco sabía qué decir, hizo un movimiento de inquietud, que él advirtió.

—Entonces...—dijo—me voy...

Ella no respondió. Echó á andar, y cuando estaba próximo á la puerta, volviendo hacia atrás la cara, consternada, con acento desesperado, que hubiera hecho reventar de risa á un espectador indiferente:

—No hay, pues,—dijo,—nada que hacer en el tubo del agua.

Aquel ridículo contraste, entre la voz y la palabra, tocó en el corazón de la muchacha, mucho más que cualquiera súplica; tuvo intenciones de decirle algo para consolarle. La conciencia, sin embargo, le impidió engañarle. Y solamente dijo con afectuosa y compasiva sonrisa, que él no llegó á ver:

—No, señor Celzani. Nada hay que hacer.

El secretario respondió con un sollozo ahogado en la garganta:

—¡Mis respetos...!—Y se fué.

## XXIII

Desde aquel momento fué aún mayor su desesperación, porque entonces la amaba con toda el alma, con una mezcla de ardiente sensualidad y de ternura infantil, avivadas continuamente con el recuerdo de aquel abrazo embriagador, de sus coloquios familiares, de tantos sobresaltos, de tantas esperanzas, de tantos desengaños, que parecíanle la mitad de la historia de su vida. Y no soñó ni un momento en rebelarse contra su pasión, como la vez pasada, porque conocía bien que le era imposible.

No, á costa de cualquier tormento, debía continuar viéndola, hablándola, rondándola como un perro, é interponiéndose entre sus pies, aspirando su perfume de juventud, gozando de su voz profunda y de su piedad, torturándose la imaginación, el corazón y la carne, ante sus ojos.

Y los tormentos se exacerbaban, y él mismo fué en busca suya.

Como el verano se venia á más andar, ella aligeró sus vestidos, poniéndole más de manifiesto aún sus formas, que le hacian delirar. Volvió á encaramarse en el desván entre el polvo y las hojas secas, con la cara asomada en la tronera, y la vista de ella, que daba entonces sus lecciones con cuerpo escotado, enseñando sus hombros amplios y sus estupendos brazos, le martirizaban; y aun cuando no pudiera verla, se estaba una hora oyendo su voz y sus órdenes.—¡Abajo, arriba, manos adelante, manos atrás, movimiento simultáneo de los brazos!—resonaban en sus oídos como exclamaciones de amor. No podía conciliar el sueño de noche, para poder recoger todos los rumores de arriba; el más leve le hacia saltar, como si hubiera sentido que sus piecitos se posaban sobre su cuerpo. Su cerebro se fatigaba en aquella especie de febril soñolencia, imaginando astucias y recursos temerarios para poderla ver; agujeros en el suelo del desván, perforar los muros, combinaciones de espejos, escondites imposibles.

Y al punto de excitación á que había llegado, no se cuidaba para nada de los vecinos para apostarse: salía, entraba, volvía á subir á todas horas, la perseguía por la calle.

la esperaba en el patio, con los pretextos más fútiles se ponía á hablarle, le ofrecía toda clase de servicios extraños en presencia de cualquiera, no ya con el aire de un pretendiente sino de un esclavo, cansándola con las miradas humildes pero llenas de fuego, en las que no pedía amor, sino compasión, repitiendo como un eco todas sus palabras, alcanzando en un solo sentimiento de desmedida admiración su figura, su ingenio, su su fama creciente, la más común y más vacía de sus frases.

En su presencia se contenía; en el momento en que había pasado cesaba su dominio: llevábase una mano á la boca, mirándola por detrás, y de este modo sofocaba el grito de amor y de deseo, que salía en un suspiro sordo y lamentoso. No osaba ya como otras veces parar su imaginación, contemplando la felicidad de una posesión completa, porque, apenas arrancado el último velo á su ídolo vivo, abríase en su mente tal abismo de voluptuosidad, que huía de este propósito por terror á la locura.

Recurría entonces, para quietarse, á las ideas afectuosas, imaginaba la casa nueva de esposo, colocaba los muebles, se representaba cariñosas escenas, veía una cuna blanca...

Pero de nuevo volvía á asaltarle repentinamente la pasión en aquel refugio: veía otra cuna, diez, veinte, un pueblo entero salir de su unión, y todavía no le bastaba, atormentando su fantasía con aquella figura que siempre fresca y potente se le ponía delante como la imagen de la juventud inmortal y de la voluptuosidad eterna.

Así iba creciendo de día en día este ardor, en medio de la amistosa familiaridad que ella le otorgaba, creyéndole resignado con su negativa.

No le bastaba el día entero para forjar aquella varia y vertiginosa sucesión de fantasías, de subidas al desván, de conversaciones de cinco minutos después de media hora de espera, de ímpetus inesperados y solitarios de ternura y de angustia, en los cuales sufría y gozaba casi en el sufrimiento. Su mente huía del trabajo, su memoria se ofuscaba para todos sus negocios, su vida se desordenaba, su salud íbase alterando; su fisonomía poco ó poco adquiría una expresión nueva, extraña, original, infantil, asustadiza, unida á una grande é ingenua bondad, como hombre arrebatado en la adoración de un fantasma que huye por los aires.

## XXIV

El ingeniero Ginoni que seguía con curiosidad y ojo avizor este *crescit eundo*, encontrándose un día con la maestra Pedani en el patio se detuvo cinco pasos antes de llegar á ella, y le hizo en broma un movimiento amenazador con el bastón. Luego se aproximó y tradujo el movimiento en palabras:

—¡Ah! ¡despiadada señorita! ¿No sabe usted que el pobre don Celzani se va perdiendo por su causa?

La maestra no comprendió.

—Pero positivamente — continuó el ingeniero — va perdiendo el caletre.

Y le refirió lo que sabía por conducto del comendador.

Hace algún tiempo que la secretaria ro anda, la administración iba manga por hombro, los inquilinos de la otra casa de Van-chiglia habían venido á quejarse al amo porque no recibían contestación á sus recla-

maciones, el bravo secretario había incurrido en dos multas por haberse olvidado de pagar los derechos de registro.

—He aquí — añadió, — á lo que conduce la gimnasia! ¡Vea los funestos efectos del ejercicio del sistema muscular sobre las funciones del cerebro!

...Otra vez el pobre don Celzani se dejó engañar miserablemente en la venta de ochocientos miriágramos de ramaje y leña de las posesiones de su tío, equivocándose en la suma y perjudicándose en ciento veinte pesetas y setenta y cinco céntimos. El comendador le había dado una chillería y estaba fuera de sus casillas. Si don Celzani le hacía alguna otra, había decidido relevarlo *ipso facto* de sus servicios, y enviarlo á que se enamorara en casa de otro. ¡Y usted, fría de corazón vulneradora, tenía valor para arruinar de este modo á un pobre hombre honrado!...

La Pedani no se sonrió: la cosa le apenaba de veras. Y lo dijo así, fijando su mirada en tierra, como absorta en un pensamiento:

—Me apena. — Luego añadió: — Yo no tengo, sin embargo, culpa alguna.

—¡Esto es lo malo! — contestó el ingeniero, riéndose. — Porque si tuviera culpa esta-

ría obligada á la reparación. Y entonces... ¡vea usted, cuántos bienes! El secretario no perdería la cabeza, el comendador no perdería el secretario... ¡Pobre secretario! Un corazón de oro en el fondo, un hombre honrado, la mejor pasta de curita extraviado que Dios haya echado á este mundo. Solamente tiene la desgracia de aspirar á la perfección de las líneas, y la perfección, ya se sabe, no la logran mas que los artistas privilegiados. Á este punto echóse á reír.—¡Ah! ¡qué prodigio! ¡Y decir que usted ha enviado á don Celzani al *potro*!

La maestra reflexionaba.

—Ea; basta,—continuó el señor Ginoni,— ¡con tal de que del salto del *potro* no pase al del puente del Pó!

—¡Oh, señor ingeniero!—dijo la Pedani con una sonrisa; pero no sin inquietud.—El señor Celzani no es capaz de tales cosas.

—¡Eh! señorita,—repuso Ginoni— el hombre más suave y más racional del mundo, por sí mismo, es como el agua en un vaso: que se derrame ó no, sólo depende del grado de fuerza del polvo efervescente que la pasión echa dentro.

Dicho esto, la saludó, y ella se encaminó pensativa hacia su casa.

## XXV

Pronto, sin embargo, salió de aquel estado, porque su pasión soberana recibía en aquellos días un alimento poderosísimo con las noticias que de hora en hora llegaban de las grandes fiestas del Congreso gimnástico de Francfort.

Cada periódico que refería nuevos detalles, enardecía su entusiasmo.

Ella veía la llegada de las representantes á la ciudad, recibidas por el burgomaestre y una multitud inmensa de ciudadanos; veía la gran procesión triunfal de catorce mil gimnastas de todos los países del mundo; jovencillos, hombres encanecidos, hombres en la flor de sus años, llevando centenares de estandartes acompañados por dos mil cantantes de las sociedades corales, que avanzaban por las calles cubiertas de banderas, bajo arcos triunfales, por entre casas decoradas de coronas y guirnaldas, bajo una

lluvia de flores; veía la palestra infinita, con la colosal estatua de Germania, y los innumerables aparatos, y veinte mil espectadores, aplaudiendo los milagros de fuerza, de destreza y de arrojo; se representaba la varonil figura de Meller, vencedor del primer premio, agitando su corona de roble entre los hurras frenéticos de un pueblo; se imaginaba aquel ejército de gentes gallardas despararramadas por la antigua ciudad, donde á cada paso aparecía el retrato de Iahn Turn Vater en fraternal confusión con los ciudadanos, agolpados en torno de los gimnasiarcas más célebres, de los escritores, de los doctos, de los médicos y reformadores, discutiendo en veinte lenguas diferentes de todo lo que ella amaba y admiraba, embriagados todos con la idea regeneradora de la raza humana, por el soplo de juventud y de grandeza que se respiraba en el aire como en un grande espectáculo antiguo de Corinto ó de Delfos.

¡Oh! ¡qué noble y qué hermoso era todo esto!

El pensamiento de poder concurrir aunque fuera en poco, dentro de su angosto campo, á preparar en su país jornadas semejantes, difundiendo la fe en los efectos maravillosos de la educación física y exci-

tando á otros para que la difundan como el verbo de una nueva edad, le encendía el alma, iluminaba todas sus facultades y triplicaba sus fuerzas para el trabajo.

En aquellos días precisamente estaba preparando un discurso á este propósito que debía ser pronunciado en el próximo Congreso nacional de maestros de instrucción primaria, que se debía inaugurar en Turín, y habiendo obtenido admirable acogida una colección de artículos varios, publicados por *El Campo de Marte*, en los que había ella defendido con calor la institución en todas las ciudades de un cuerpo de *bomberos* voluntarias, se disponía á dar una conferencia sobre esta materia en la Sala de la Escuela de Arquímedes. Y no cesaba de recibir de muchas partes excitaciones, cartas, adhesiones, propuestas y cuestiones de gentes adeptas á la gimnástica femenina; y á todos contestaba.

Ciertamente, el impulso más vigoroso para todo este trabajo se lo daba la firme y entusiasta persuasión de hacer bien, que se mantenía viva en ella desde la primera juventud; mas al crecer su notoriedad y el aplauso del público, comenzaba á mezclarse en su alma una complacencia que antes no

sintiera, una idea de ambición que ella no quería confesarse á sí misma, y además otro sentimiento nuevo, la turbación que produce la primera conciencia del renombre, una cierta amargura de no saber en qué verter el exceso de su vitalidad intelectual y moral, que la agitaba, vencía la fuerza nativa de su temple, y hacía que se sintiera más mujer de lo que nunca se había sentido.

Para ella, que jamás soñó siquiera salir de la modesta obscuridad, aquel ligero rumor que se levantaba en un ángulo del mundo entero por su nombre, era la gloria, y la gloria es una soledad. Y cuando esta soledad sentía, durante las interrupciones de su trabajo, en los días en que su amiga no le hablaba, su pensamiento iba á parar á don Celzani, no como á un amante, sino como á un amigo, y entonces se quedaba por un momento con el mango de la pluma apoyado en el labio inferior, con ligera sonrisa de benevolencia dirigida á su imagen. Él la amaba, sin duda, y ella comprendía que su pasión era de esas que tienen combustible para toda la vida.

Solamente que...

## XXVI

Dió la conferencia sobre las *bomberas* voluntarias.

Eligió mal la noche para ella; había poca gente, unas treinta señoras y un grupo de estudiantes, pero alcanzó entre aquellos pocos, por la originalidad del asunto y por la singular viveza de exposición, un éxito caluroso. Uno de los primeros que se acercaron á apretar su mano fué el joven Ginoni, tan fresco, como si nada hubiera ocurrido entre ellos; antes bien, con cierta chispeante sonrisa en la que pudo ella leer con honda pena la resurrección de su capricho.

En efecto; al verla por vez primera en público, admirada y aplaudida, su pasioncilla volvió á prender fuego por la mecha de la vanidad. La idea de los exquisitos goces de amor propio que él hubiera saboreado, cuando lograra vencerla, cada vez que la viera y oyera en análogas circunstancias

le produjo una comezón irresistible. Y, no conociéndola á fondo, se decidió por un nuevo ataque de jovenzuelo impetuoso y ligero, que creen en la omnipotencia del ataque á la bayoneta.

Al día siguiente, á la hora en que solía salir sola, la esperó en el descansillo del primer piso.

Llovía, la escalera estaba oscura; por consiguiente, propicia para el asalto.

Para tener manera de trabar conversación había comprado un retrato de Meller, el vencedor del primer premio en Francfort, del cual, en pocos días, se habían difundido á millares las fotografías por toda Europa.

Cuando la oyó bajar subió á su encuentro.

Estaba verdaderamente hermosa aquel día, algo excitada todavía por el pequeño triunfo de la noche anterior, toda vestida de obscuro, con gran sombrero negro que coronaba admirablemente su esbelta persona.

El joven se quitó el sombrero y con jovial desenvoltura, poniéndole delante la fotografía:

—¿Señorita — le dijo — permítame ofrecerle un retrato que quizá verá usted con curiosidad?

Ella adelantó la cara con gran desconfianza.

Apenas leyó el nombre, lanzó una exclamación de placer:

—¡Meller!

Y, cogiendo el retrato se acercó á la pared para verlo mejor por la poca luz que entraba por la ventanita de la escalera.

El joven se pegó á su lado, como si quisiera ver él también, y adelantando la barba sobre el hombro de ella, comenzó á dar explicaciones en voz baja señalando con el índice de la mano derecha:

—Este es un verdadero tipo alemán. Mire la estructura del cráneo, fíjese usted en la boca. Y sin embargo si no se supiera, diríase que no es el primer gimnasta de Alemania. ¿No parece más bien un pacífico profesor de literatura? ¿No querrá usted decirme nunca una palabra consoladora? ¿Será usted eternamente indiferente conmigo? tendrá usted siempre un corazón...

El paso de una pregunta á otra había sido tan natural, que la maestra no puso en el momento atención; pero pronto lo advirtió bien y mucho mejor al sentir que la megilla de él rozaba con la suya, y que le aplicaba el brazo en torno de la cintura.

Se libró con un brusco movimiento é indignada le dijo:

—¡Señor Ginoni, esto es una innoble asechanza!

El joven se echó hacia atrás para darle una respuesta cómica, pero se contruvo y se anubló su semblante viendo aparecer en lo alto de la escalera la cara desencajada del secretario, que bajaba deprisa, también con un retrato de Meller. Sin embargo, no le contrarió el encontrar una escapatoria para su fea situación.

—¿Qué quiere usted aquí?—preguntó al secretario que se había detenido, y le fulminaba con sus ojos.—Seguramente que no viene á cobrarse el alquiler.

El secretario no supo decir otra cosa mejor que repetir trémulo las palabras de la maestra:

—¡Es una innoble asechanza!

—¡Cáspita!—replicó el joven, mientras la maestra se iba lentamente.—Es un eco perfecto. Solamente que, cuidado, porque las palabras dichas por ella las tomo ahora en muy otro sentido.

—¿Y aún se atreve?... exclamó el secretario, casi fuera de sí. Si no fuera por el respeto que tengo por su padre...

—¡Oh, por caridad!—interrumpió el estudiante. En estas cosas ni entra el señor padre ni la señora madre. Hace veinte años que me quitaron el pecho. Aquí no hay más que dos hombres... Mas... para no gastar saliva, dígame: ¿es usted de los administradores que se baten?...

—Si—respondió en alta voz don Celzani, tomando una apostura demasiado trágica para la ocasión presente,—soy uno de los que se baten.

—Entonces no hablemos más,—dijo el joven resueltamente—tendrá el honor de verme.—Y volviendo las espaldas se entró en su casa.

Una hora después el ingeniero Ginoni, informado de todo por la Pedani, cogía el sombrero, fastidiado, y subía la escalera en busca del secretario, con objeto de prevenir cualquier paso de su hijo.

En el fondo, aunque estaba disgustadísimo por la ofensa inferida á la señorita, consideraba la provocación como una chiquillada; pero como hombre de mundo que conocía bien las exigencias á que obliga el amor propio de jovenzuelo vivo, capaz de empeñarse en llevar el asunto hasta su último punto, quería acomodarle en términos amis-

tosos, no ya retractando la provocación en nombre de él, sino proponiendo una conciliación por medio de la cual se diera un paso hacia adelante por ambas partes.

Se presentó, pues, al secretario, á quien encontró solo, con las maneras cordiales de un amigo: mas aquél, siempre excitado por su pasión, excitadísimo entonces por los celos, lo recibió con tan grave continente, que con gran trabajo pudo el ingeniero contener la risa.

Afablemente le dijo éste cómo había sido informado por la maestra; que había venido para arreglar la contienda entre buenos amigos. Deploraba el hecho de su hijo, pero el duelo había sido una locura, un absurdo ridículo, que ni siquiera cabía discutir. Era preciso ahogar la cosa inmediatamente.

—Ea, querido secretario — dijo, — la maestra Pedani, queda fuera de cuestión; yo puedo hacer en nombre de mi hijo, por lo que á la señorita respecta, todo género de excusas como es de mi deber. Pero por lo que á usted toca... no hubo más que algo de vivacidad por ambas partes. No tiene usted otra cosa que hacer sino mostrar un poco de buena voluntad, y la cosa terminará sin consecuencias, yo le respondo.

Pero don Celzani no era el don Celzani de antes. Se mantuvo firme.

—He sido ofendido — dijo.

—Vamos — le contestó el ingeniero, — las palabras más graves pronunciadas fueron “innoble asechanza,” y las dijo ella. Quien tenga más juicio, que ponga más de su parte. Usted tiene quince años más que él. No hay para qué estar tieso: ¡qué diablo!

Pero el secretario estaba á matar por lo del brazo rodeando la cintura. Aquí estaba el punto, no en la provocación; por esto era de difícil arreglo.

—¿Pretende, quizá, que yo me humille? — preguntó alzando la cabeza.

—¿Pero qué humillaciones son esas? — exclamó el ingeniero.

...No se trata de esto. ¡Se trata de salvar el amor propio de un jovencuelo que ha lanzado una provocación; si usted quiere entenderlo! Se trata de buscar una manera para que no se vea obligado á seguir la cuestión. Basta con que diga que siente haber pronunciado aquellas dos palabras, y le respondo que todo ha concluído. ¡Oh, santo Dios! ¿Pero es por ofensa de su honor ó por celos, por lo que tan duro se muestra?

Don Celzani respondió solemnemente:

— Por lo uno y por lo otro.

El ingeniero se le quedó mirando... y llegó á perder la paciencia.

— No creía — dijo, conteniéndose con trabajo, que el amor le hubiera vaciado la cabeza hasta este punto. Por consiguiente, ¿usted busca un duelo?

Alzó aquél la cabeza, y con tono verdaderamente heróico, respondió:

— No lo busco, pero tampoco lo temo.

— Entonces no tengo otra cosa que decirle sino que es loco, enteramente loco — gritó el ingeniero exasperado — y que suya sea la responsabilidad, si así lo desea.

Y salió, cerrando con violencia la puerta.



## XXVII

Otra escena del mismo carácter de tragicomedia ocurría pocas horas después en el piso superior, causada por el mismo hecho.

La Pedani, volvió á su casa, á la hora de sentarse á la mesa, con el rostro algo turbado; su amiga que entonces estaba en buena relación con ella, le preguntó amablemente el por qué.

Algún tiempo antes no se hubiera atrevido á resollar; pero ahora que comenzaba á sentir la necesidad de abrir su espíritu, sin sospechar nada, contó *c* por *b* lo ocurrido, expresando la inquietud por las consecuencias que pudieran surgir.

Á las primeras palabras, la Zibelli sintióse herida en el corazón, pero disimuló y oyó hasta el fin. No pudo responder ni una palabra; sin embargo, la rabia la sofocaba. ¡También el estudiante! ¡Pero había nacido para su condenación aquella desventurada criatu-